

LA NIEVE

Los cristales de la ventana de la cocina tintineaban a causa de la ventisca; tras ellos la pequeña Catalina se dejaba llevar por los sueños mientras miraba, sin ver, los grandes copos de nieve que iban cubriendo la calle.

D. Celestino, el cura del lugar, había citado a los niños para el día siguiente. Hacía falta mucho musgo y también terrones para cubrir el entarimado que acababa de construir, sobre la vieja pila bautismal, para colocar allí el belén. En un cajón de la sacristía aguardaban, entre virutas de madera, las preciosas figuras de barro que D. Celestino había comprado unos cuantos años antes en la ciudad.

Durante la noche dejó de nevar pero el frío era tan intenso que los cristales del cuarto de Catalina estaban cubiertos de escarcha dibujando caprichosas formas que ella se apresuró a rascar con su dedo índice antes de despertar a su hermano pequeño. Había que desayunar a toda prisa y acudir a la iglesia donde los chicos mayores, siguiendo las instrucciones de D. Celestino, sacaban el musgo de los cestos y lo colocaban con esmero sobre la tarima de madera. Estaban impacientes por ver, por primera vez, el belén iluminado.

Catalina y su amiga Rosaura, mientras limpiaban cuidadosamente las figuras de barro para no romperlas, hablaban de la cantidad de cosas extraordinarias que tenía la Navidad. A Rosaura le encantaba el turrón duro, siempre pedía más, a pesar de que su madre le repetía una y otra vez que había que comer muy poco para no estropear la dentadura. Una vez había soñado que unas montañas enormes e infinitas muy cerca del pueblo estaban hechas de turrón duro.

Catalina se moría por las peladillas. Estaba deseando que llegara el día 31, cuando toda la familia cenaba en casa de la tía Consuelo la sopa con tropezones y el gallo que solía matar para la ocasión. Esa noche de fin de año, salvo que el semblante de su madre denotase reprimenda, le permitían hacer acopio de hasta diez peladillas de las más grandes. Las saboreaba muy despacio para prolongar el deleite y guardaba tres de ellas en el bolsillo para el día siguiente: Una para su hermano, otra para ella y la tercera para su querida amiga Rosaura quien, a su vez, había logrado esconder bajo el jersey una figurita de mazapán con la que corresponder al obsequio de Catalina.

Aquellos días las dos amigas pasaban más tiempo juntas que de ordinario; la escuela estaba cerrada y tampoco tenían que hacer demasiados deberes. Salvo que la nieve lo impidiera, cada tarde se reunían en casa de una de ellas para jugar y soñar al calor de la cocina económica. Algunas veces amasaban pequeños panecillos que luego cocían en el horno. Las mariquitas de papel con sus vestidos eran muy hermosas, pero tan delicadas que había que tener mucho cuidado para que no se rasgaran. Lo que más les gustaba era jugar con los botones, agrupándolos por colores, formas y tamaños; algunos parecían caramelos de verdad. Todas las madres tenían en su casa una caja llena de botones.

A menudo imaginaban cómo sería la vida en la ciudad. Estrella, otra niña de su edad, que el año pasado había ido con su abuelo a pasar las fiestas a casa de unos familiares en Madrid, les había contado auténticas maravillas de lo que había visto, sobre todo en el circo

que, como cada fin de año, se instalaba en la ciudad. Payasos que hacían reír, la foca que sostenía una pelota sobre su nariz, los trapevistas que caminaban sobre una cuerda a una altura impresionante y no se caían, los tigres y leones que pasaban por un aro de fuego, aunque, a decir verdad, esto fue lo que menos les gustó de todo lo que les había contado Estrella. ¿Y si desobedecían al domador y se lanzaban a atacar al público? Al fin y al cabo eran animales muy feroces, capaces de devorar a una persona. Lo sabían perfectamente porque Dña Leonisa, la maestra, lo había advertido varias veces en clase cuando los mayores estudiaban Historia Natural.

A Rosaura no le importaba vivir en el pueblo aunque el invierno fuera duro, además la Navidad era mucho más bonita con todas las calles y el monte cubiertos de nieve. Catalina también era feliz allí, sin embargo, la nieve no le gustaba nada y además era la culpable de la zozobra que, de vez en cuando, rondaba su cabecita.

Cuando llegaban estas fiestas, anhelaba con todas sus fuerzas que un hada buena apareciera de repente y la trasladara sobre sus alas invisibles a un lugar donde no hubiera nieve en invierno. Tal vez esa era la única manera de estar completamente segura de que los Reyes Magos no faltarían a su cita y la zapatilla nueva de Catalina, cuidadosamente colocada en la ventana, amanecería repleta de ilusiones y fantasías..... Porque la nieve, la maldita nieve, no habría impedido el paso a los camellos en su largo viaje desde Oriente.